

Los antiguos profetas habían afirmado que una vez otorgadas las reparaciones a Israel por su Dios nacional se convertiría en Dios universal del género humano. En el segundo Isaías, este pensamiento es claro, desarrollado y constante consigo mismo. En aquella época, no se daba a la palabra conversión el sentido dogmático que después se le ha atribuido. Era corriente cambiar de dios protector cuando se encontraba otro más poderoso.

La conversión de los *gôim* (extranjeros) motivará la caída de Babilonia. Los que se salven de la catástrofe serán misioneros de Jehová. Acudirán por todas partes a Tarsis, a Phut, a Lud, a Tubal, a Iaván, a las islas lejanas, que nunca han oído hablar de Jehová. Allí proclamarán la gloria de Jehová, y llevarán a los israelitas desterrados, a caballo, en coche, en literas, en mulas, en dromedarios, hacia la montaña santa. Jehová será adorado por todo el mundo.

El primer evangelista del universalismo es el profeta anónimo de 536. El mensajero de buenas noticias, cuyos pies aparecen sobre las montañas como una aurora, es él. Gracias a él ha oído el mundo por primera vez esta gran palabra: «Los pueblos no tienen más que un Dios, cuyo templo es el Universo. Se le honra con la justicia.» Todos los profetas, desde Amós, se habían ocupado en purificar a Jehová de sus escorias materialistas y de sus parcialidades nacionales. Isaías, sobre todo, tiene acentos muy elevados respecto al universalismo. No es sorprendente que se cubra con su nombre esta proclamación, en el siglo IV, de Jehová como Dios supremo del Universo y de la humanidad. El anónimo de 536 es el último fruto de tres siglos del mayor esfuerzo religioso (exceptuando el cristianismo) cuya huella visible conserva la Historia. Con él llegamos a la cima de la montaña desde donde se ve a Jesús en la cima de otra montaña, y entre ambas una enorme depresión.

Por sus altos sentimientos, la osadía de los giros, la escritura clásica de las imágenes y el número de movimientos hermosos que ha dado al

misticismo cristiano, ocupa lugar preferente en la literatura hebraica el profeta de 536. La unción y la dulzura de su palabra parecen de un cristiano. La atmósfera luminosa de su libro es la misma que la del Evangelio. Ya Jehová empieza a cansarse del papel singularmente duro que le dieron los antiguos profetas. No piensa en destruirlo todo. Lamentaría, por demasiado rigor, suprimir la humanidad.

Dentro de las falsas ideas de la crítica literaria actual, generalmente difundidas, produce extrañeza que un desconocido haya podido crear una obra tan magnífica. Pero un desconocido es también el que escribió el Libro de Job y otro desconocido el que realizó la redacción llamada jehovahista del *Hexateuco*. Las hermosas obras de las épocas sinceras, todavía sin atormentar por el mal literario, son todas anónimas. Los problemas de pequeña gloria personal y de mérito no existían en tales épocas. Los Evangelios son anónimos. A ninguna persona ilustrada se le ocurrirá discutir si San Mateo tenía o no talento. ¿Sabe alguien quién hizo los versos de Homero, y quién la *Imitación de Cristo*? Francisco de Sales, desde su punto de vista, dio la respuesta justa sobre todos los grandes libros de la humanidad: «Su verdadero autor es el Espíritu Santo.»

El desconocido profeta de 536 es el mayor de los profetas, precisamente por carecer de nombre. Es el primero de los pensadores humanitarios. Nosotros, cuya religión es esperar un porvenir en que la humanidad se consuele, al fin, de sus sufrimientos, le saludamos como a maestro nuestro. Grecia, que tan hermosas cosas ha creado, el arte, la ciencia, la filosofía, la libertad, no creó el humanitarismo. Despreciaba demasiado a los bárbaros para eso. También el judío despreciaba a los *gôim*, pero el desdén judío no tenía consecuencias tan desastrosas como el desdén griego. No ha imposibilitado el cristianismo, mientras que el desdén griego ha impedido a Constantinopla asimilarse a los bárbaros de raza eslava, conquistar a fondo la península de los Balkanes y Oriente, hecho que le habría permitido ahogar en germen al islamismo.

Únicamente molesta en el segundo Isaías el nombre de Jehová. Ese nombre de Dios particular no está bien en un libro tan universalista. Habría sido más razonable suprimir ya este nombre. Un Dios que tiene nombre propio es un Dios falso. Es un Dios entre otros varios, e incluso cuando se consiga probar que es el único Dios, y que los demás no son nada, siempre resultará que ha estado compitiendo con otros. Pero renunciar a Jehová era entonces imposible. Habría sido destruir la nación. ¡Jehová había hecho tanto por ella...! El trabajo del espíritu israelita, muy racionalista en el fondo, consistió en identificar a Jehová con el Dios supremo, Él, Adonái, Saddaí, Élohim, en pronunciar implícitamente este aforismo: «Jehová es Élohim», en volver así, habiendo estado siglos tanteando, a la unidad divina, entrevista por los antiguos patriarcas del desierto en sus largas horas de ociosidad.

Además, parece que en adelante será un estorbo el nombre de Jehová. Se cambiará por la palabra vaga de Adonái (el Señor). Se evitará el pronunciarlo (lo cual será una forma de suprimirlo), y se perderán las vocales. Jehová desapareció realmente al vencer. Era justo que lo parti-

cular se disolviera en la victoria de lo absoluto, y que Israel olvidara hasta el nombre del Dios nacional que había originado todos sus errores.

Las naciones henoteístas poseedoras de un dios particular, pero uno solo, pueden llegar con facilidad al monoteísmo, mientras las razas fundamentalmente politeístas, como la aria, llegan a esto lentamente. Jehová acabó con Camos, Milkom, Salm y Baal, mientras Júpiter y Brahma nunca han podido suprimir completamente a sus subordinados. Gengiskhán, que utilizó veinte años en hacerse dueño de un país pequeño, de diez o doce leguas, y luego invadió el mundo como un ciclón, es un ejemplo de victoria semejante al de Jehová. El monoteísmo en la humanidad ha tenido por origen el dios protector de una tribu pequeña. El culto del dios protector implica cariños, relaciones íntimas, filiales por una parte y paternas por otra, que no puede inspirar un ser absoluto, siempre idéntico a sí mismo e impersonal. La abstracción no es propagandista. No sería tan tierno el modo de hablar a Dios de un cristiano piadoso, si detrás del Dios en tres personas, no hubiera un dios más tangible que, como nodriza, ha llevado a su tribu en el pecho, la ha acariciado, la ha hablado como a un niño.